bien cierta importancia las dos terrazas superpuestas que la precedían, y cuyas dobles escaleras se apoyaban en balaustradas de granito. Dos animales de piedra que tal vez parecieron leones en otro tiempo, se devora ban con los ojos hacía cien años á la entrada de la terraza superior.

Detras de la casa estaba el jardin, en cuyo centro se alzaba sobre un zócalo de mampostería un vicio reloj solar, entre algunas platabandas de forma cuadrada ó estrellada; mas alla veianse tejos recortados en forma de confesonarios, y otros como peones de ajedrez; en el fondo, enfrente de la casa, una pared semicircular, á la derecha murtas recortadas segun el gusto de la época, formando callejuelas en laberinto, que desembocaban por mil revueltas en un vallecillo misterioso, donde perpetuamente se oia triste rumor, rumor que procedia de un arroyo, cuya presa, por decconocido procedimiento hidráulico, derramaba dia y noche delgado hilo de agua en un estanquito rodeado de viejos abetos que provectaban obscura sombra.

La primera impresion del conde de Camors al contemplar aquel triste conjunto, fué profundamente penosa, y la segunda lo fué mucho mas. En otro tiempo, hubiese encontrado, sin duda, algun interés en buscar las huellas de un niño que nació alli, que alli habia crecido al lado de su madre, y que tal vez amó tiernamente aquellas viejas cosas; pero su sistema no admitía puerilidades: rechazó, por tanto, estas ideas, si se le ocurrieron, y despues de rápida ojeada, pidió la comida.

El guarda y su mujer, que hacía treinta años eran los únicos habitantes de Reully, sabian desde la víspera la llegada del conde, y habian pasado el dia limpiando la casa y oreándola, operacion que habia tenido la dificultad de avivar todos los inconvenientes que querian evitar, y poner de mal humor á los viejos penates, incomodados en su sueño, en su polvo y en sus telarañas. Cuando Camors entró en el salon principal, donde habian servido la mesa, se le fijó en la garganta vago perfume de cueva, de sepulcro 6 de coche viejo. Sobre la mesa había dos velas de sebo que le llamaron mucho la atencion, porque nunca las había visto; aquellas velas brillaban débilmente en las tinieblas como estrellas de décimaquinta magnitud. El conde cogió una con precaucion por el candelero de hierro, y la contempló primeramente con curiosidad; despues se sirvió de ella para examinar mas de cerca algunos de sus antepasados que decoraban la pared, y que parecia le miraban, por su parte, con extraordinaria sorpresa. La pintura, descolorida y resquebrajada, dejaba ver en algunos puntos la tela; unos retratos habian perdido la nariz, otros solamente tenian un ojo, algunos tenian manos sin brazos, y otros brazos sin manos; pero todos, sin embargo, sonreian con la mayor benevolencia. Un caballero de San Luis había recibido en tiempos de la revolucion un bayonetazo en la cruz, y el agujero había quedado abierto; pero sonreia lo mismo que los otros y aspiraba una flor.

Terminada la revista, se dijo el conde que no había ni un solo retrato que valiese la pena de mirarlo, y se sentó suspirando entre las dos velas. La mujer del guarda había empleado la mitad de la noche anterior en estrangular la mitad de su gallinero, y sucesivamente comparecieron en la mesa, inundados en mares de manteca, los diferentes productos de la hecatombe. Por fortuna, el General habia tenido la paternal prevision de mandar la vispera á Reully una cesta de provisiones para atender á las primeras dificultades de una instalacion tan imprevista. Algunos trozos de pastel y copas de vino de Chateau-Inquem ayudaron al jóven á com! batir la mortal tristeza que la soledad, el aismiento, la noche; el humo de las velas y los

retratos de sus antepasados comenzaban á inspirarle. Rocobró por fin la fuerza moral que realmente habia perdido por un momento, é interrogó al viejo guarda que le servía, con objeto de obtener algunos datos acerca de la interesante personalidad del señor Des Rameures; pero el guarda, como todos los campesinos normandos, estaba convencido de que pasa plaza de simple todo aquel que contesta claramente á una pregunta, y con toda la deferencia posible dió á entender al conde que no le engañaba con la ignorancia que manifestaba; que el señor conde sabia mucho mejor que él quien era el señor Des Rameures, qué hacía y donde habitaba; que el señor conde era su amo, y como tal, tenia derecho á todo su respeto, pero al mismo tiempo el señor conde era de Paris; y como decía precisamente el señor Des Rameures todos los parisienses eran burlones.

El conde de Camors, que se habia jurado no incomodarse jamas, no se incomodó; pidió un poco de paciencia al viejo aguardiente del General, encendió un cigarro, y salió, permaneciendo largo 1 ato apoyado en la balaustrada de la terraza que se extendia delante de la casa, contemplando el horizonte. La noche, aunque bella y despejada, envolvia en denso velo los vastos campos. Impo-

8

nente silencio, extraño para oidos parisienses, reinaba á lo lejos en las llanuras y sobre las colinas, como en los vacios espacios del cielo. Solamente por intervalos brotaba de pronto un lejano ladrido, que se extinguia en seguida, quedando todo en profunda paz.

El jóven, cuyos ojos se habian acostumbrado poco á poco á la obscuridad, bajó la escalera de la terraza, y avanzó por la antigua alameda, tan obscura y solemne como una catedral á media noche. Atravesada la barrera, encontróse en un camino vecinal

que siguió á la aventura.

A decir verdad, hasta esta época de su vida el conde deCamors no habia salido de Paris, porque cuantas veces se habia alejado de la capital habia llevado consigo el ruido, el movimiento, su tren mundano y su existencia artificial; las carreras, cacerias, temporadas de baño á orillas del mar ó en las ciudades de aguas minerales, no le habian hecho conocer en realidad ni la provincia ni el campo. Ahora experimentó por primera vez esta sensacion, y le fué por cierto desagradable. A medida que avanzaba por aquel silencioso camino, sin luces, sin casas, pareciale que paseaba por sitios desolados y muertos de un paisaje lunar. Esta region de

Normandía recuerda las comarcas mas cultivadas de la vieja Bretaña, teniendo su caracter agreste y algo salvaje, los manzanos y los brezos, verdes valles, caminos hondos y frondosos vallados. Soñadores hay que gustan de esta naturaleza dulce y severa, hasta en su tranquilidad nocturna, impresionandoles suavemente lo que heria entonces los diferentes sentidos del conde de Camors, el silencio y tranquilidad de los campos dormidos, el olor de los prados regados por la mañana, las vivas lucecillas que brillan acá y allá en la yierba de los fosos, el arroyo invisible que murmura cercano, el vago mugido de la vaca, y, sobre todo, la profunda cal· ma de los cielos.

El conde de Camors continuaba caminando con cierta desesperacion, creyendo, sin duda, que iba á encontrar al fin el boulevard de la Magdalena; pero solo vió algunas chozas de campesinos desparramadas á orillas del camino, cuyas techumbres bajas y mohosas parecían brotar de aquella tierra fecunda como enorme vejetacion. Dos ó tres habitantes de aquellos tabucos respiraban el aire de la noche en las puertas de sus moradas, y Camors pudo distinguir en la obscuridad sus formas pesadas y sus miembros robustecidos por el rudo trabajo de los cam-

pos. Todos estaban silenciosos é inmóviles y reposaban en las tinieblas como animales cansados. El conde de Camors, como todo el que posee una idea capital, acostumbraba, desde que había adoptado por regla de su vida la religion de su padre, á referir á ella todas sus impresiones y todos sus pensamientos; y en aquel momento se dijo que entre aquellos campesinos y un hombre civilizado como el, había mas distancia que entre los mismos campesinos y los animales de los bosques, y esta reflexion le confirmó en el sentimiento de aristocracia repulsiva, que era uno de los términos lógicos de su do trina.

Acababa de subir una cuesta bastante áspera, desde cuya altura descubria con desaliento nuevos horizontes de manzanos, de almiares de heno y de confusa verdura; y se disponia á regresar, cuando un inesperado incidente le detuvo: una extraña armonia llegó repentinamente hasta sus oidos; un magnifico concierto de voces á instrumentos que, en aquella perdida soledad, tenia algo de sueño y de milagro. La música era buena, y hasta exelente, reconociendo el Ave-Maria de Gounod. Cuando vió Robinsón la huella del pié humano en la arena de la isla, no quedó tan asombrado como el señor de Ca

mors al encontrar en aquel desierto tan poderosa señal de civilizacion. Orientándose por los melodiosos sonidos que escuchaba, bajó la colina con precaucion y curiosidad, como príncipe en busca de un palacio encantados El palacio lo descubrió al fin en forma de alta tapia, que era la parte posterior de una casa que lindaba con el camino. Una ventana lateral estaba abierta é indudablemente de allí partia el sonido entre raudales de luz. Sobre el fondo de un acompañamiento de instrumentos de cuerdas en combinacion con el piano, alzábase grave y pura una voz de mujer, diciendo la frase mística del jóven maestro con tal gusto y expresion, que él mismo se hubiese admirado. Camors era músido y muy competente para apreciar la exelente ejecucion de aquella pieza, y de tal manera quedó impresionado, que experimentó irresistible deseo de ver á los artistas, y con especialidad á la cantora Con esta intencion saltó la cuneta del camino, y subió á lo alto del repecho; pero, encontrándose aun á bastantes metros debajo de la ventana no vaciló en utilizar su habilidad gimnástica para trepar á las ramas superiores de una encina vieja de las que rodeaban la tapia. Al verificar la ascencion, no se le ocultaba todo lo que tenia de ligero